APRENDAMOS A AMAR

NIEVES GONZÁLEZ RICO

LA MISERICORDIA EN LA EDUCACIÓN AFECTIVA Y SEXUAL



Una mirada que aprender de la parábola del hijo pródigo



ÍNDICE

De	edicatoria	3
Pr	esentación	7
Pr	efacio	9
Pr	eámbulo	11
In	troducción	17
1.	Capítulo I. Visión de la misericordia desde la Parábola del Hijo	
	Pródigo	21
	1.1. La Parábola del Hijo Pródigo	21
	1.1.1. En la casa del padre	21
	1.1.2. El padre que sufre	26
	1.1.3. El padre que espera	32
	1.1.4. El padre que perdona	34
	1.1.5. El padre que celebra	36
	1.1.6. La sanación de los recuerdos	38
	1.2. El misterio Pascual	39
2.	Capítulo II. Orientaciones que ofrece la Parábola en el campo	
	de la educación afectiva y sexual	43
	2.1. Escuela de Familias	44
	2.2. Formación de profesores y catequistas	49
	2.3. Talleres educativos con los niños y jóvenes	55
3.	Conclusión	61
4.	Bibliografía	63
	4.1. Magisterio de la Iglesia	63
	4.2. Libros y artículos consultados	63
	4.3 Educación afectiva y sexual	64

PRESENTACIÓN

En febrero de 2014 Nieves impartió en la Universidad Francisco de Vitoria el Curso "La afectividad en el proceso de aprendizaje del alumno".

Varias personas de la Universidad conocían a Nieves y habían asistido a sus cursos. Pero este nuevo seminario quería Dios que tuviera unos efectos no previstos –salvo por Él–. En la comida conclusiva con Nieves hubo mucha gratitud por lo recibido, mucha comunión, y sobre todo una llamada a hacer algo juntos y ayudarnos en las misiones propias.

Iniciamos entonces un camino lleno de posibilidades, de inquietudes y de deseos que ha cristalizado en una alianza entre la *Fundación Desarrollo y Persona* y la *Universidad Francisco de Vitoria*. De esta alianza esperamos una multiplicación del bien que hace la *Fundación*, encontrando vías para que su riqueza y sus cursos lleguen a más personas e instituciones. Y a su vez esperamos un enriquecimiento para la Universidad, en su búsqueda por incluir de manera adecuada todo el ámbito de la afectividad en los procesos de enseñanza-aprendizaje y en una auténtica formación integral.

En este contexto, es un privilegio y una satisfacción presentar esta tesina de Nieves, que no solo recoge su aprovechamiento del *Máster en Ciencias del Matrimonio y la Familia*, sino que nos da la oportunidad de asomarnos a las esencias que subyacen a la educación afectiva y sexual, tan llena de oportunidades si se encuentra la mirada oportuna, la que Dios tiene.

Esa mirada de Dios que en pocos sitios podemos intuir o aprender con tanta pureza y nitidez como en la *Parábola del Hijo Pródigo*. El acierto de haber elegido Nieves esta parábola y la eficacia con la que nos deja aprehender esa mirada, aplicándola a la educación afectiva y sexual en la que todos estamos implicados –educadores, padres, catequistas...–, es sin duda un trabajo de madurez que pide a gritos ser compartido y divulgado, como todo el trabajo de Nieves y de la *Fundación Desarrollo y Persona*.

El lema de la *Universidad Francisco de Vitoria* es *Vince in bono malum*. Y es ésta una de las principales luces que nos ofrece esta tesina: la misericordia es signo y a la vez respuesta en el corazón humano, a semejanza del de Dios, de esa necesidad y llamada a vencer con el bien al mal; de superar todo mal a base de bien.

Desde un agradecimiento siempre nuevo, pedimos a Dios que nos ayude en nuestro compromiso juntos de ejercitar esta mirada y de encarnar este ideal paulino, del que tan necesitada está nuestra sociedad, nuestra vida. Que Él sepa hacernos administradores diligentes del tesoro que pone en nuestras manos y nos ayude a llevar a plenitud aquello para lo que nos ha constituido en este "nosotros" que ahora compartimos.

Daniel Sada Castaño Rector

PREFACIO

Nieves González Rico nos presenta en su trabajo un reto como es el de saber insertar e injertar la misericordia a la luz de la parábola del Hijo Pródigo, en el proceso de la educación afectiva y sexual de la persona.

El texto nace de un profundo respeto y amor a la persona teniendo en cuenta su realidad muchas veces marcada por el sufrimiento y la desorientación. Basta echar una mirada a nuestro alrededor para darnos cuenta que todo el mundo habla del amor, de la misericordia, pero pocos entienden cuál es su significado y sentido verdadero.

Así surge el reto pastoral de cómo hacer presente y mostrar la belleza del amor desde una clave educativa, para hacer realidad cómo sexualidad-corporalidad van unidos, fe-vida se integran y libertad-verdad caminan juntos. No es fácil hacer realidad este proyecto cuando la cultura no acompaña, ni la sociedad es capaz de abrirse a un horizonte de verdadera libertad.

Nuestra cultura marcada por un profundo pansexualismo nos muestra una sexualidad reducida a objeto de consumo, a un medio para satisfacer los propios instintos y lleva a una desnaturalización de lo que es el verdadero amor en el horizonte de una comunión plena, como llamada a un don y entrega de sí.

¿Cómo evangelizar? ¿Cómo mostrar la belleza de una vocación tan grande y tan alta como es el amor? ¿Qué aporta el misterio de Dios y la vida de Cristo a esta realidad? ¿Cómo siendo coherentes con la doctrina tan rica recibida en el magisterio de los últimos años, especialmente con S. Juan Pablo II el papa de las familias, podemos mostrar una forma diferente de amor, que escapa del consumo y del instinto?

Estas preguntas y el deseo de dar respuestas han motivado este texto en el que desde la óptica de la misericordia y no desde una falsa compasión aflora todo un camino para la educación afectiva y sexual.

El contenido del trabajo se divide en dos partes, que ofrecen de manera sencilla, clara y profunda la riqueza y la importancia de la misericordia en la educación afectiva y sexual. La primera parte aborda el tema de la misericordia contemplando la parábola del Hijo Pródigo analizando cómo en el relato hay puntos significativos: la casa del Padre, el padre que sufre, el padre que espera, el padre que perdona, el padre que celebra, la sanación de los recuerdos y todo visto y vivido desde el horizonte de la Pascua, donde alcanza el verdadero sentido la misericordia.

La segunda parte integra las experiencias de la Parábola en el campo de la educación afectiva-sexual a través de la escuela de Familias, la formación del profesorado y catequistas, y los talleres para jóvenes.

Estamos, por tanto, ante un trabajo que combina de una manera sabia y acertada los principios de la Revelación, la antropología, el magisterio de la Iglesia, espacialmente de Juan Pablo III, y la pastoral haciendo de la misericordia el hilo conductor de la educación afectiva y sexual.

Fernando García Álvaro*.

^{*} Sacerdote de la Diócesis de Valladolid. Licenciado en Filosofía. Doctor en Teología especialidad Matrimonio y Familia por La Universidad Pontificia Lateranense. Delegado diocesano de Familia y Vida de la Archidiócesis de Valladolid y consiliario del COF Diocesano de Valladolid.

PREÁMBULO

La sala está rebosante de padres, que como «primeros y fundamentales educadores de los hijos»³ escuchan atentos la presentación de los talleres de educación afectiva y sexual que van a desarrollarse en su colegio con los alumnos de secundaria y bachillerato. Serán impartidos por la Fundación Desarrollo y Persona entidad codirectora del *Proyecto Aprendamos a Amar*⁴ y a través de sesiones amenas, actividades y, sobre todo, un diálogo que permita responder a sus preguntas, se planteará a la libertad del joven un camino que le facilite ir descubriendo en la propia vida la grandeza de la sexualidad que Juan Pablo II resume bellamente: «La sexualidad es una riqueza de toda la persona –cuerpo, sentimiento y espíritu– y manifiesta su significado íntimo al llevar a la persona hacia el don de sí misma en el amor»⁵.

Cuando un padre o una madre antes de acostarse contemplan a su hijo dormir desean que sea amado, querido bien. Desean que su vida se cumpla, que sea feliz. La educación afectiva y sexual debe mirar al niño y al joven en su valor infinito. Es único, es irrepetible y, a lo largo de las distintas edades y en conjunción con otros procesos de maduración, puede ir adquiriendo un principio de responsabilidad sobre el desarrollo personal y la propia vida. En definitiva, se trata de ayudar a los niños y niñas y a los jóvenes a situarse en el mundo en tanto que hombre o mujer, necesitado de amar y ser amado. En esto no hay diferencias entre el niño español y el inmigrante, el alumno matriculado en un centro de ideario católico o en uno estatal, el alumno más inteligente y el que tiene necesidades educativas especiales. Todos tenemos el mismo corazón y podemos desde ahí comenzar un camino; eso sí, hace falta una pedagogía adecuada.

³ Juan Pablo II, Familiaris Consortio, 36.

⁴ Cfr. N. GONZÁLEZ RICO- T. MARTÍN NAVARRO, Aprendamos A Amar. Proyecto de educación afectivo sexual, Encuentro, Madrid 2007; ID, Aprendamos a Amar. Proyecto de educación afectivo sexual para jóvenes de 15 a 18 años, CEPE, Madrid 2010.

⁵ JUAN PABLO II, Familiaris Consortio, 37.

Es necesario un camino pedagógico de crecimiento con el fin de que los jóvenes, sus familias, la sociedad misma pueda ser conducida pacientemente a un conocimiento más rico y a una integración más plena del misterio de la vida⁶.

Comienza posteriormente un animado coloquio. Los padres van formulando con sencillez sus dudas, preocupaciones y luchas de cada día sobre todo cuando los hijos llegan a la adolescencia. Se ha creado un clima de confianza que permite, en un momento dado, que un padre plantee la siguiente cuestión: "Deseo felicitarle por la conferencia que acabamos de escuchar y decirle que agradezco y comparto plenamente su planteamiento, pero no puedo evitar que surja en mí una pregunta. ¿Usted cree, de verdad, que es posible hoy día con el ambiente que rodea a nuestros hijos hacerles la propuesta que nos ha presentado? ¿No es acaso un ideal bello pero imposible para su vida?".

En la sala se produce un momento de desconcierto seguido de comentarios discretos entre los matrimonios o con los amigos que ocupan las sillas más cercanas. Nadie se queda indiferente, lo que indica la trascendencia de lo que acaba de suceder.

Otro padre se levanta respondiendo al anterior: "Pienso que de cara a la educación de nuestros hijos, lo importante son las certezas que tengamos los padres. Es verdad que hoy los hijos se mueven en un entorno muy distinto al que hemos tenido nosotros en nuestra juventud, pero lo esencial no ha cambiado. Creo que si en casa estamos atentos, se mueven en buenos ambientes, tienen buenos amigos y reciben una formación adecuada, la respuesta a la pregunta es ¡claro que es posible! Pero, si nosotros los padres somos los primeros que dudamos, ¿qué les podemos pedir a ellos?".

De nuevo el movimiento en las sillas expresa adhesiones y desacuerdos con la intervención. Una madre se hace escuchar: "Me parece que las cosas no son tan sencillas como las ha planteado el padre anterior. A ciertas edades creo que el ambiente tiene mucha importancia. Desean llegar tarde como los demás y comienzan las tensiones, sobre todo los fines de semana. Si somos sinceros sabemos que, entre ellos, quién no va a la discoteca, no bebe alcohol o no se enrolla con un chico o una chica le ven un poco raro. Desean ser aceptados y tener amigos y es fácil que cometan errores. Esto es lo que hay y no es fácil combatir en casa contra ello. ¿Podemos hablarles del valor de la virginidad o del matrimonio? ¿No es acaso más práctico y realista que conozcan bien las medidas de protección de cara a un posible embarazo?".

⁶ Ibid., 9.

El debate está servido. El bullicio aumenta de tono y los padres se van posicionando en las dos miradas distintas planteadas ante una misma cuestión. Encuentran en ambas aspectos que comparten y otros de los que no están tan seguros. ¿Qué importancia tiene la familia y qué importancia tiene el factor ambiente? ¿Es verdad que la certeza de los padres es suficiente para transmitir a los hijos el sentido de la vida? ¿No conocemos todos padres que sufren al ver a sus hijos tomar caminos equivocados? ¿No es mejor aceptar las cosas como son y adaptarse "a los tiempos"?

Cuando retomo el micrófono el silencio no se hace esperar.

Volvamos juntos a la cuestión inicial. La pregunta que nos ha provocado plantea si hoy día, teniendo en cuenta el contexto social y cultural en el que todos nosotros estamos inmersos, es posible hacer al corazón del joven una propuesta educativa distinta a la mentalidad común. Una propuesta que se ha reconocido bella, que corresponde a lo que deseamos para nuestros hijos, pero que quizá sea imposible para sus fuerzas y, por tanto, no tenga sentido plantear.

Esta pregunta creo que nace del amor. Nace de la ternura de un corazón adulto que ya ha experimentado y reconoce el propio límite y que sabe, por tanto, que también el hijo es limitado. Nace del corazón de un padre o de una madre que desea encontrar el camino adecuado para acompañar al hijo en verdad, sin tener que disfrazar o pretender esconder la realidad y nos ayuda a todos a preguntarnos con seriedad si somos capaces de ofrecer una propuesta de vida de la que estemos tan ciertos, que se mantendrá firme, tanto en los momentos de alegría como en los inevitables momentos de dificultad que este padre intuye con claridad.

Lo que el corazón desea, lo que el corazón espera existe, es posible. Pero para aprender a amar necesitamos algunas condiciones. De hecho en las intervenciones ya se han subrayado las dos primeras:

Necesitamos maestros que nos ayuden a descubrir la grandeza a la que somos llamados, maestros que nos presenten incansablemente la belleza de la sexualidad y su llamada al amor, la comunión y la vida y nos enseñen, a través de su experiencia, a comprometernos adecuadamente con la realidad; necesitamos amigos con los que hacer el camino; amigos que no busquen lo más fácil, ni lo más frecuente, sino lo que de verdad hace feliz. Pero necesitamos otro requisito esencial: Ser queridos con misericordia, con un amor que abraza incondicionalmente nuestra pobreza y nuestro límite, que nos dice que no estamos determinados por el error cometido, que como bien nos han

recordado es fácil que suceda, que nos devuelve la dignidad perdida y nos anima a emprender cada día de nuevo el camino: El camino de maduración que es la propia vida.

La familia es el lugar del cambio, donde un día no es igual a otro. Lo importante es no tener como objetivo no equivocarse, porque no es ésa la finalidad. La familia no es el lugar donde hay que demostrar no equivocarse nunca. El hombre adulto es el que está en paz con su propio límite, sabe que se equivoca y sigue adelante en la vida, por intentos. La madurez es ésta: la capacidad de estar dentro del propio límite intentando continuamente mejorar. No os podéis imaginar cuánto se irradia en el hijo una posición como ésta, generando sentimiento de seguridad, de estima hacia los padres. Un padre que actúa de este modo ofrece una relación al hijo. Esta posición es la única capaz de generar serenidad en el niño, que se deja entonces aferrar la mano y se deja guiar⁷.

Para poder guiar por el camino de la vida, para poder educar, necesitamos ser constantemente educados, «introducidos en la realidad para aprender a juzgarla teniendo en cuenta todos los factores»⁸. La Iglesia «madre y maestra»⁹, nos acoge y nos enseña como de modo profético hizo S.S. Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, planteando abiertamente los desafíos educativos que las familias deben afrontar:

No faltan signos de preocupante degradación de algunos valores fundamentales: Una equivocada concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí; las graves ambigüedades acerca de la relación de autoridad entre padres e hijos; las dificultades concretas que con frecuencia experimenta la familia en la transmisión de los valores; el número cada vez mayor de divorcios, la plaga del aborto, el recurso cada vez más frecuente a la esterilización, la instauración de una verdadera y propia mentalidad anticonceptiva¹⁰.

En sólo treinta años los grandes intereses internacionales que mueven con su poder numerosas entidades y medios de comunicación social han sido capaces de generar, de forma totalmente planificada y cuidadosamente financiada, una nueva antropología, una nueva mentalidad que invade tanto a

_

⁷ V. MAIOLI SANESE, Padres e hijos, la relación que nos CONSTITUYE, Encuentro, Madrid 2006, 135-136

⁸ L. GIUSSANI, Educar es un riesgo, Encuentro, Madrid 2006, 61.

⁹ JUAN PABLO II, Familiaris Consortio, 33.

¹⁰ *Ibid.*, 6.

adultos como a niños y adolescentes mucho más vulnerables a sus mensajes; una nueva visión de la realidad trasformada en leyes concretas que en España se han ido aprobando de modo sucesivo: del divorcio, de reproducción asistida, del matrimonio homosexual y de salud sexual y reproductiva y de la interrupción voluntaria del embarazo. Un aire, una atmósfera, que todos respiramos.

¿Qué ha sucedido para que las conductas sexualizadas a edades precoces, los programas de normalización del uso del preservativo, la dispensación sin receta de la píldora del día después, la figura del sex-amigo y la ideología de género se hayan instalado arrolladoramente en nuestra sociedad? Quizá es necesario revisar nuestro camino como Iglesia:

La iglesia debe esforzarse por conocer el contexto dentro del cual matrimonio y familia se realizan hoy [...] Es una exigencia imprescindible de la tarea evangelizadora. Es a las familias de nuestro tiempo a las que la Iglesia debe llevar el inmutable y siempre nuevo Evangelio de Jesucristo¹¹.

¿Qué se ha hecho y se está haciendo en estos treinta años para educar personas, apoyar seriamente y facilitar, en medio de esta situación, el anuncio que el corazón humano necesita escuchar?:

Queridísimos jóvenes, Cristo es la Vida. Estoy seguro de que cada uno de vosotros ama la vida, no la muerte. Deseáis vivir la vida en plenitud, animados por la esperanza, que nace de un proyecto de amplias perspectivas¹².

Por tanto, lo que está en juego es mucho más que reducir las cifras de embarazos inesperados en la adolescencia, la tasa de abortos provocados y las infecciones de transmisión sexual.

De modo también profético, Juan Pablo II destaca como misión de la familia cristiana la tarea educativa y dentro de ella, la educación para el amor. La educación para el amor como don de sí mismo que se enmarca en una "educación sexual clara y delicada"¹³.

Posiblemente, la causa principal de la crisis de la educación que padecemos desde hace algunos años es la de haber perdido la capacidad de ofrecer un horizonte de vida precisamente cuando el joven tiene más necesidad de él. Evi-

¹¹ *Ibid.*, 4.

¹² JUAN PABLO II, Discurso en la Vigilia de Santiago de Compostela (19-8-1989).

¹³ Ibid., 37.

dentemente, si educar consiste en enseñar a cada uno el camino de la vida; para educar adecuadamente a un hombre no basta con haberle enseñado a caminar, si no se le comunica al mismo tiempo algo grande hacia el que dirigirse [...] tenemos un lugar a donde ir¹⁴.

Tenemos un lugar a donde ir, un hogar, una morada donde nos aman y nos esperan, donde aprender qué es nuestro cuerpo y qué valor tiene, qué es la sexualidad y qué valor tiene, qué es el amor o la fidelidad, qué son los besos o los abrazos y, de un modo muy especial, qué es el perdón y la misericordia y qué valor tiene.

El amor conyugal, llamado por naturaleza a la apertura, hace a los esposos «capaces de la máxima donación posible, por la cual se convierten en cooperadores de Dios en el don de la vida a una nueva persona humana»¹⁵. Pero Dios no sólo les necesita como cooperadores del don de la Creación. Les necesita como cooperadores de un don más precioso: el don de la Redención a través del amor misericordioso de Cristo.

Cristo se convierte sobre todo en signo legible de Dios que es amor; se hace signo del Padre. [...]. Este amor se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la «condición humana» histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral. Cabalmente el modo y el ámbito en que se manifiesta el amor es llamado misericordia en el lenguaje bíblico¹⁶.

¹⁴ N. GONZÁLEZ RICO- T. MARTÍN NAVARRO, Aprendamos a Amar. Proyecto de educación afectivo sexual, CEPE, Madrid 2010. Vol. III, 17.

¹⁵ JUAN PABLO II, Familiaris Consorcio, 14.

¹⁶ Id, Dives in misericordia, 3.

INTRODUCCIÓN

La vida es la búsqueda de un amor hermoso, una búsqueda que, debido a la fragilidad humana, transcurre en ocasiones por senderos equivocados en los que se experimenta un gran vacío, una soledad y una tristeza que hacen sufrir al corazón, un corazón que desea encontrar una relación verdadera en la que poder descansar y verse afirmado.

El presente trabajo fin de Máster en Ciencias del Matrimonio y la Familia, en su especialidad universitaria en Pastoral Familiar, quiere responder a la siguiente pregunta: ¿Qué valor tiene la misericordia en la educación afectiva y sexual como factor esencial para configurar el corazón de padres y la vocación al amor de los hijos? El documento central de estudio será la Carta Encíclica de su S.S. Juan Pablo II *Dives in misericordia*.

Para realizar este trabajo contemplaremos en la primera parte la figura del Padre en la Parábola del Hijo Pródigo y cómo puede iluminar la tarea educativa de los esposos cuando se enfrentan a situaciones de dificultad en la vida de los hijos.

Veremos en ella, cómo el hijo pequeño decide "marcharse a un país lejano" rechazando, de modo drástico, la propuesta de vida que sus padres le ofrecían. El padre, con inmenso dolor, le ve partir sabiendo que puede morir de hambre y de falta de amor. El misterio del sufrimiento provoca en su corazón, un proceso que atravesará varias fases en las que le acompañaremos. Primeramente, intentará defenderse negando la realidad, para experimentar, posteriormente, una ira que no sabe cómo integrar; deseará negociar, ¿con quién? ofreciendo su propia vida para salvar al hijo y ya, dobladas las rodillas y asumido el propio límite, podrá por fin llorar y vivir la fase de tristeza hasta llegar a la aceptación y reconocer conmovido que precisa de la ayuda de Otro para poder vivir en verdad la relación con un hijo que no le pertenece. El hijo, precisamente ese hijo que tanto le hará sufrir, será para el padre ocasión de conversión al reconocer agradecido, quizá por primera vez a nivel existencia, como él mismo es hijo amado por el Padre.

Es hijo generado a cada instante por un Amor que le precede, que conoce su debilidad y su pecado así como su grandeza y su deseo. Él, como padre, es también creado y redimido y es en el encuentro personal con el corazón de Cristo, en el encuentro con un amor indestructible y fiel, donde podrá encontrar la fuente de la que brota como manantial que nunca cesa, la gracia necesaria para vivir la relación esponsal y en ella la paternidad. Ser hijo, para poder ser esposo y padre. Así el padre, inmerso en la misericordia de Dios y cierto de un abrazo que vence con el bien al mal, podrá acompañar en verdad al hijo, sabiendo que también a él, pese a sus inevitables errores y luchas, le espera una relación única, una historia propia y un encuentro personal con Aquél que ha vencido a la muerte y anhela amarle con ternura.

¿Habéis pensado en la paciencia de Dios, la paciencia que tiene con cada uno de nosotros? ¡Esa es su misericordia! Siempre tiene paciencia: tiene paciencia con nosotros, nos comprende, nos espera, no se cansa de perdonarnos si sabemos volver a Él con el corazón contrito¹7.

Es la realidad del sufrimiento y del límite la que llevará a este padre a descubrir el lado más hermoso de la paternidad. Es precisamente cuando el hijo sufre o se equivoca cuando el amor del padre será llamado a mostrar su verdadero rostro, reflejo pobre pero real del amor de Dios: misericordia y sólo poniendo la confianza en el Señor podrá andar el camino que se le pide. Esa era la lección fundamental que no debía olvidar: "Es tuyo Señor, ayúdanos en la tarea que nos encomiendas".

Los padres, colaboradores del don de la Creación, serán llamados también a ser colaboradores del don de la Redención. Será a través de su humanidad sencilla pero indispensable donde el hijo conocerá conmovido la experiencia del perdón, descubrirá el inmenso regalo de poder "volver a casa" y recuperará su filiación y, en ella, su dignidad comenzando a caminar de forma nueva.

En la segunda parte veremos la aplicación pastoral que una mirada misericordiosa regala a la educación afectiva y sexual entendida como educación para el amor porque ser educadores es ser padres y ser padres es llevar en los ojos y en el corazón la mirada de Cristo capaz de recrear la vida. Una mirada que restituye la dignidad de la persona que es siempre más grande que sus actos.

¹⁷ FRANCISCO, Primer Ángelus, Roma 17 de marzo de 2013.

Veremos cómo, en esta tarea educativa, la familia muestra su genialidad escogiendo otros adultos que, en unidad con los padres, acompañen a los jóvenes en la maduración de su afectividad y en la integración de la sexualidad en el amor y les ofrezcan un espacio y una amistad en la que siendo queridos aprendan a amar. Padres, profesores y catequistas acompañando al joven en unidad, adultos reconciliados con su límite, humildes, capaces de comprender hasta el fondo, de iluminar un camino que deberá recorrer dificultades y obstáculos, prudentes, perseverantes y valientes, honestos, agradecidos y tiernos, mansos de corazón y, sobre, todo misericordiosos; adultos comprometidos que entienden que la educación afectiva y sexual deberá estar atravesada por la alegría de la noche de Pascua –«¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!»-, sin hacer planteamientos reduccionistas o voluntaristas. Como bien anunciaba Mons. Munilla, la emergencia afectiva que padece esta generación, nos ofrece una oportunidad única para recordar a todos los jóvenes que «¡El corazón no es de quien lo rompe, sino de quien lo repara! Es decir, el corazón del joven, es del Corazón de Cristo».

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».



La misericordia en la educación afectiva y sexual

¿Cómo volver a empezar tras una equivocación y la experiencia de dolor que conlleva? El centro de la verdadera tarea educativa, que cuenta con la fragilidad del corazón bumano, es un amor que vence con el bien al mal y es capaz de recrear a la persona. Esta es la misericordia.



clientes@editorialcepe.es / www.editorialcepe.es



